

# El cuerpo y sus deformidades

Nadia Villafuerte

La entidad física desarticulada; la que se rebela de su terrateniente; la anómala que defrauda el concepto de “formas simétricas” y “belleza”, aparece en dos libros que publicó el Fondo Editorial Tierra Adentro en 2010: se trata de *Enfermario* (cuentos de Gabriela Torres Olivares) y *Moho* (novela de Paulette Jonguitud Acosta). Las autoras crean un desfile de anatomías no legibles donde las marcas, las manchas, las alteraciones moleculares emergen como nuevas praderas psicopáticas: saber herir y tener lesiones es un conocimiento que se da en el verdadero campo de batalla: la zona más íntima, hábitat natural de la existencia solitaria: el cuerpo.

Torres Olivares (Monterrey, 1982) y Jonguitud Acosta (Ciudad de México, 1978) coinciden temáticamente aunque sus registros narrativos sean distintos: ambas expo-

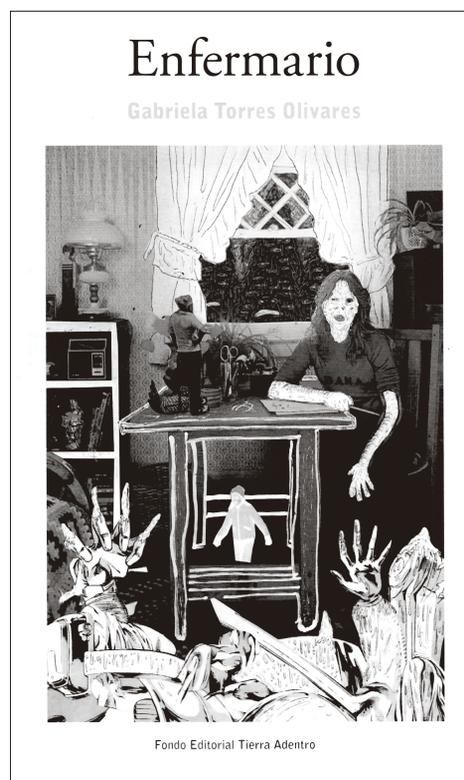
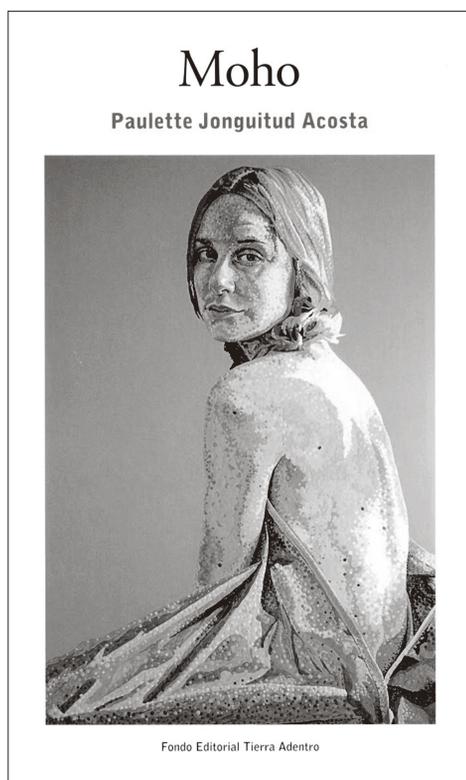
nen el estado neurótico del sujeto posmoderno confundido entre la realidad y sus prohibiciones. Sin embargo, esta abstracción que hallo como punto en común (la crisis del cuerpo que estalla frente a su entorno), en los libros es retratado de un modo en el que dicho delirio tiene el mismo peso ontológico que un corazón sin dueño, plantas con vida sexual, teléfonos celulares haciéndole compañía a vaginas asalariadas, y un moho verduoso que crece en la ingle de una mujer con un pie en la realidad y otro en el abono.

Me explico: en ninguna de las dos autoras, la ficción es uno de esos ejercicios onanistas que, en aras de romper con la retórica tradicional y el canon, se alejan de un propósito importante: la fabulación. Las dos poseen la capacidad del narrador que desplaza la realidad centímetros a la izquier-

da o a la derecha, para descubrir lo que a simple vista no vemos, pero siempre ha estado ahí. En las dos encontramos esa mirada corrosiva, mitad miopía, mitad astigmatismo, que les permite hacer un *zoom* a la vida cotidiana para convertir ese puñado de historias comunes —en las que hay sordidez pero no épica alguna— en una inagotable provisión de rarezas.

Cuando leí *Moho* y *Enfermario*, de manera inevitable pensé en Diane Arbus (disculpen la obviedad) aunque no por las razones que tenderían a asociar sendos títulos con el mundo *freak* de la artista norteamericana. Algo hay de eso, claro: una atmósfera enrarecida recorre las historias contadas de Torres Olivares; lo mismo que un personaje insólito, Constanza, está en el centro en la novela de Jonguitud Acosta. No es, sin embargo, ese carácter marginal, de seres que suponen estar fuera de lo que llamaríamos “nuestro universo cotidiano”, lo que me remite a la fotógrafa Arbus, sino más bien el que las dos autoras ponen cierta luz bajo la cual sus criaturas literarias adquieren un aura entre infantil y monstruosa, al grado de que llega un momento en el que vemos, a través de esos personajes, cómo también hay en nosotros algo de anómalo y subterráneo pugnando por salir a la superficie: es cierto que en apariencia, sólo en apariencia, están lejos de nosotros, pero bajo el reflector desde donde se mueven, dichas criaturas parecen decirnos que sólo habitan a su modo la vida. Que quizá no hemos prestado atención a lo que hay alrededor de uno, o buscamos sensatamente omitir.

El tópico diría, al leer las cuartas de forros, que estamos frente a una galería de personajes *freak* que salen de su extrarradio y sacan de paseo su naturaleza esperpéntica, sus hábitos soterrados, para incordiar a los



sumidos en ese tedio de lo que a veces significa estar en la norma. Lo cierto es que esta ficción va más allá del retrato de existencias “alteradas”: como en los modelos de Arbus, los ambulantes de *Enfermario* y la protagonista de *Moho* insinúan sus sentimientos de modo neurótico o sombrío, respectivamente, antes de mostrarse sorprendidos frente a esa lupa morbosa (el punto de vista que adopta el escritor) que buscaría sólo mostrar sus “deformidades físicas”. Así, luego de conocer la historia de unas siamesas separadas al nacer, de un *adonis barriobajero* llamado Agapito, de un pie diabético, de un centauro extraviado en el salón de belleza, o la postal de una mujer que amanece con moho en la ingle, toda vez que ellos deambulan frente al lector, entre hilarantes y esquizofrénicos, los vemos llegar a un lapsus en el que mirándonos de frente, parecen inquirir: ¿serán capaces los demás de verse a sí mismos como uno se ve? ¿Se dará cuenta la gente de que la mayoría somos seres extraños, irremediablemente aislados, inmóviles frente a identidades y relaciones mecánicas, atrofiadas a veces por razones tan nimias como la hipocresía y el tedio?

Si el mundo es, como se dice, un hospital lleno de seres crónicos, aquello que nos permite redimirlo tal vez sea el límite frágil entre la comicidad y la tragedia de habitarlo: o al menos eso distingo en *Enfermario* y *Moho*. Por ejemplo, la mirada feroz de Gabriela Torres Olivares construye personajes incómodos, sujetos que no buscan compasión sino al revés: para humanizarse, necesitan primero burlarse de sí mismos, abolir la comodidad del cliché frente a ese tipo de brutalidades que la sociedad reprime con tanto esmero. La prosa onírica de Paulette Jonguitud, en cambio, muestra la transformación de su personaje femenino aunque no para exhibirla, no para exaltarla ni para que el lector se compadezca, sino para devolvernos un espejo de vulnerabilidad compartida: en el cuerpo se manifiestan los más significativos derrumbes cuando todo eso que uno cree ser, el suelo en el que uno pisa, se viene abajo.

*Enfermario* hace un compendio de rarezas específicas, de curiosidades casi clínicas, mezcla de narrativa y ensayo, para crear un retrato humano mucho pero muy dis-



Amedeo Modigliani, *Desnudo sobre un cojín blanco*, 1917

tante de la fantasía consoladora que solemos buscar en la ficción: aquí hay síndrome de Tourette, microbios, oncofilia, pero también muñequitos de rosca, funerales gástricos, macetas de carne, caricias sexuales paternas como en las mejores familias, y *talk shows* que ratifican por qué la TV es el gran set de la psique del mexicano. Ese absurdo de las sociedades que perpetran aversiones y después las ocultan en el silencio del decoro, la burla o la indolencia, lo exhibe Gabriela Torres Olivares con un sarcasmo que primero nos hace reír, y después nos lleva a un mundo paralelo donde hay soledad y vacío.

*Moho*, por su parte, presenta una patología privada, la historia de una de esas mujeres que cuando vieron a la mujer barbuda, por decir algo, sintieron temor pero también empatía. Constanza, la mujer que descubre a la par una mancha en el cuerpo y la traición de su marido, nos lleva de la perspectiva realista a una trama alegórica, al involucrarnos en las andanzas de un cuerpo y su miseria interior, ahí donde un simple lunar en la piel abre los terrores más profundos, dormidos en el inconsciente del personaje.

Gabriela Torres Olivares explora lo violento de la época y su parodia, la enfermedad física y el delirio mental en un lenguaje que permanece todo el tiempo en estado acezante, alterado. Sus referentes realistas sólo son anclas que no dejan en la total deriva a los personajes y su paranoia psicológica. Paulette Jonguitud narra desde el hermetismo, como si la historia de Constanza estuviera tallada en hielo. En ambas, el lenguaje se corresponde con el mundo que se desploma afuera.

Vuelvo a la idea inicial: la apuesta de estas dos autoras jóvenes parece coincidir en el tema sobre el cuerpo como escenario vital. Ambas se refieren, desde su particular punto de vista, a esa máquina perfecta, domesticada y legible que, poco a poco y vengativamente, se vuelve en contra: no sólo están las enfermedades, las solitarias en el estómago, la vejez, la demolición interior... También la idea de que el cuerpo es un ente autónomo, a veces un completo extraño que aterriza y desconcierta.

Ni educadas en la mojigatería o en las reacciones prudentes, ni protectoras, ni nostálgicas o sentimentales frente a su obra, tanto Jonguitud como Torres Olivares poseen lo que aún es esperable en un proyecto narrativo: no sólo audacia formal y estilística sino mundo propio: narradoras que miran las cosas de manera perturbada, y profundizan en torno a la realidad hasta devolverla como no la percibíamos antes. Lejos de buscar efectos, la protagonista de *Moho* y los personajes de *Enfermario* colocan al lector frente a esa atmósfera tiernamente siniestra que supo crear Arbus para descubrir las imperfecciones de los sujetos dramáticos que fotografió. Seres idénticos a uno si pensamos que basta un ojo estrábico y otro con miopía, desplazar la escena centímetros a la izquierda o la derecha, para hallar oculta bajo capas y capas de normalidad, nuestra rareza humana. ■

Paulette Jonguitud Acosta, *Moho*, Conaculta, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2010, 86 pp.

Gabriela Torres Olivares, *Enfermario*, Conaculta, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010, México, 97 pp.